

Rosa Arciniega.

Los ochenta años de Rachilde



OMO ahuyenta los veloces pececillos una piedra caída en el estanque; cómo acalla las orquestas de los pájaros un disparo en medio de la selva; cómo asusta el rebaño de triscadores corderillos el aullido del chacal, la guerra— el horrísono estruendo de la guerra—puso un paréntesis de espanto y de silencio a las faenas del arte y de la inteligencia. Bajo el trueno colosal que rueda entre Londres y Berlín todo quedó paralizado y mudo.

Porque el arte—y la ciencia—son tareas que no se nutren de urgencias ni de estridencias. Sólo florecen en el sosiego. En una quietud igual a la que se refleja en las aguas de un tazón de azulejos o en la modorra—aparente—de una arboleda rumorosa. Cuando surge el estrépito, el «terrible fragor», se apaga toda delicada voz, cae el silencio sobre todo lo que no es anécdota pura, grito, clarinada, redoble de parches y tambores.

Es lo que está aconteciendo en nuestros días. En nuestros días—aciagos, crueles, preñados—, también

habrían de haberse celebrado grandes solemnidades espirituales, conmemoraciones de fechas importantes, centenarios, bodas de plata y de oro de hombres—y mujeres—consagrados a las nobles profesiones liberales...

Nada de eso se conmemoró y celebró. Porque cuando se alza hasta las estrellas el clamor adolorido de las colectividades, ¿cómo podría haber espacio para la ajena y recatada voz individual que no se alimenta—ni vive—del bullicio?

El estruendo de la guerra ahogó el centenario de Zola; hará que se olvide las glorias de Gutenberg, obscureció los homenajes que se quisieron tributar a Daudet (Alfonso); hizo que pasara en silencio el glorioso ochenta aniversario de la mujer más insigne con que cuentan hoy las letras de Francia: de la Rachilde.

Pero ¡no se puede exigir al mundo que dé lo que no le permiten dar; a nuestra hora de tinieblas, de ruinas y de clamores, que alumbre auroras o crepúsculos poéticos! Si hoy muriera la Rachilde; si ese rostro de matrona — aureoleado de nobleza y firme aún bajo el negro picacho de su cabellera—adquiriría la suprema rigidez que precede a la descomposición final, sería lo mismo. No habría tiempo ni espacio en el mundo para llorarla. Apenas una gacetilla furtiva al pic de los chillones titulares de la guerra... Todo lo más, una nota breve en cualquiera de las revistas literarias que aun sobreviven—milagrosamente — en Europa a la catástrofe...

Y, sin embargo, ¡qué motivo tan justificado para ensayar el merecido elogio de una existencia vivida en plenitud de fecundo parto intelectual; qué figura la de esa mujer admirable que fué llamada por Maurice Barrés «mademoiselle Baudelaire» y por la cual nació a la vida—para ser clarín alerta de todos los movimientos intelectuales europeos—una revista cincuentenaria que ostenta este soberbio título: «*Mercure de France*»!

¿Habrá plaza, entre el furioso tronar de los bombardeos, entre el relampagueo de las culebrinas que surcan nuestros lívidos cielos actuales, para ser un fugaz recuento de la vida novelada y novelesca de la Rachilde, hoy, cuando sus ochenta años, que debieran ser espejo de gloriosa serenidad, sólo alumbran en torno suyo obscuridades, llanto, dolor, desolación?

¡Con qué nostálgica lejanía de auroras juveniles debe mirar la Rachilde, desde su octogenaria cima vital, hacia aquella muchacha vibrante, impetuosa, tensa como una ballesta de acero, llamada Margarita Eymery—su verdadero nombre—, que a los doce años estaba ya ahita de lecturas literarias; que en su rincón provinciano de Périgord ensayaba vuelos malignos a hurtadillas de sus abuelos, en tanto que sus manos hojeaban tal vez un delicado libro de rezos; que planeaba íntimas aventuras sin decidirse a llevarlas por completo a la realidad, como aquella «flor de fango»—también llamada Margarita— de su atrevida novela «*Le Dessous*»!

Era en 1875, en el «otro» siglo — raya divisoria de dos mundos irreconciliables—y ya los ojos zahoríes de Margarita Eymery intuían este mundo nuestro franco, brutal, antiretórico y antibipócrita, reverso de la relamida estampa del «diecinueve». Margarita, en aquella fecha, es ya un peón de avanzada en las lides literarias e intelectuales; pertenece a los «grupos de reconocimiento» que exploran los caminos para que avance, detrás, el grueso de los ejércitos innominados. Posee un carácter, un peculiar modo de decir y de expresarse; constituye por sí misma una originalidad: la de mostrarse como es, sin falsificaciones, sin concesiones, limpia, escueta, desnuda como una confesión psicoanalítica. ¿Mejor, peor que las demás mujeres de su época? No; igual. Igual a ellas; igual a todas las mujeres de todas las épocas, de todos los tiempos y de todas las civilizaciones. Sólo que, sentimientos, deseos, aspiraciones, «malos pensamientos»—como ha dicho Paul Valéry—, ella, Margarita Eymery, la provincianita de Périgord, rompía, anárquica, todos los convencionalismos esclavizadores, todas las «prevenciones sociales» para volcar en las cuartillas crudamente su pensamiento—el de todas las otras «Margaritas», encadenadas a los prejuicios, que tienen que ocultar al demonio bajo apariencias arcangélicas.

Escribir, novelar, es la primera forma de evasión para ella. Demasiado niña aun para tender sus alas hacia París—meta de todas las tentaciones—, vigilada de cerca por la pupila puritana de sus abuelos,

Margarita se ejercita ya en esas fugas ideales: tiene quizá entonces por primera vez la idea de borrar sus huellas personales, de dividirse en dos personas: una, la muchachita honesta, bien educada, obediente, dulce—«azucena de pureza»—que ha de ser un modelo familiar ante los suyos; otra, la mujer de impetuosa voluntad, de nervio, de brío—nueva «Jorge Sand»—que aspira a la gloria, al triunfo, a los laureles. Una, Margarita Eymery; otra «Rachilde». (¿Mujer: que hay de común entre tú y yo? ¿Qué hay de común entre estas dos mujeres que habitan, sin embargo, bajo «los mismos bastidores de una sola alma»?).

Como aun no le sería permitido, en razón de su corta edad, escribir para el público; como todavía no ha ideado la conveniencia de escoger un pseudónimo «para el otro yo», Margarita pasa en Périgord su atrevida literatura de contrabando. Sin que, en la aduana familiar, descubran la procedencia. Sin que el rigorismo paterno pueda aplicarle una censura previa demasiado expedita. Margarita escribe, emborrona cuartillas, que luego hace copiar en limpio con una letra diferente. Y por la noche, entre bostezo y bostezo de la larga velada familiar, lee aquellas incipientes producciones. Que acaso encandalizan; que acaso hacen torcer el gesto de sus rígidos progenitores; que—por supuesto—no agradan al viejo abuelo, habituado como está a las largas tiradas retóricas de «los consagrados maestros». Pero, ¿qué ocurriría si los padres de

Margarita—de la «niña angelical»—reconocieran la maternidad de aquellos y rebeldes, crudos escritos?

Margarita intuye, la derrota que presupondría una lucha «desaforada» contra los molinos de viento—contra el prejuicio ñoño, contra la cursi moralidad provinciana—y, definitivamente, se divide en dos mitades: oculta una personalidad bajo la veste blanca de su nombre propio y descubre la otra desde la máscara de un pseudónimo: el de «Rachilde».

Bajo la firma de «Rachilde», el viejo abuelo, sus padres, sus paisanos de Périgord pueden leer cuentos, novelas, ensayos audaces que aparecen publicados en un periodiquito aburrido y magro de la localidad. ¡Qué escabrosas escenas! ¡Qué atrevidos comentarios! ¡Qué desnudez de conceptos!—no por eso menos certeros, claro está—. Todavía faltan años para que Maurice Barrés llame a la autora de aquellas novelitas «desvergonzadas» «mademoiselle Baudelaire», para que la hipocresía social haga como que se asusta ante este título de novela: «Monsieur Venus»; para que el atildado Oscar Wilde «no pueda resistir más de diez minutos de conversación con esta mujer de presencia casi burguesa, pero que deja entrever en seguida la verdadera figura del autor imaginado». Y, sin embargo, el abuelo de Périgord, que ahora lee en alta voz ante la familia las producciones de aquella «tal Rachilde», no puede menos de enarcar de vez en cuando las cejas ante una fuerte expresión, que «saltarse al-

gunos párrafos—y ciertos pasajes—de desnudez escabrosa . . . ».

¡Cómo debería reír para sus adentros Margarita—ya Rachilde—sentada entre el corrillo familiar como una simple oyente de sus propias producciones, modosa, con cara de ingenua, obediente, «lirio de pureza» al estilo de la protagonista—que habla y obra por ella—de su novela «Le Dessous!» . . .

Pero la chata y estrecha cárcel de Périgord, lejana, sin aire, sin espacio para planeos ideales, la aboga. Tiene accesos de desesperación—que ha de ocultar claro está—, momentos de indecibles angustias, horas de fiebre elevadísima producida por aquella que se denomina ya entonces «la enfermedad negra».

«Todos quieren volar pero ninguno sabe soltar el lastre en el tiempo oportuno . . . ».

Reducido a otras palabras, esta invitación del poeta hacia el viaje en elevación resuena en el nido de la provinciana con insistencia de estribillo, Y un día—¡soltar, soltar el lastre!—, desata sus amarras, trepa a la barquilla del globo aerostático de los sueños, y asciende hasta París—la meta ambicionada—.

¡París, París! Cima y abismo; escala o despeñadero; brillos o anonimato; ceguera o claridad. Rachilde—Margarita ha quedado para siempre enterrada en el rincón provinciano—, encuentra allí una simpática acogida. Entra, al menos, desde el principio en un te-

rreno aproximadamente literario. Un pariente suyo dirige una revista femenina: «La Dama de los Bosques». Mas el marco es estrecho para la figura de Rachilde. Ella no sabe manipular con «módas», con «consejos de tocador», con «páginas sentimentales». Sus faenas son de prestancia mayor; tienden a desentrañar intimidades, a operar con aguafuertes psíquicos; a desmenuzar conflictos subterráneos, a desenmascarar personalidades. Unos meses después, «La Dama de los Bosques» no existe; muere—como muere el follaje de los mismos bosques—con los primeros fríos otoñales, con las neblinas que suben, reptando, desde el Sena en los ateridos días de noviembre.

Vienen, entonces, los obligados días de miseria—sin hipérboles—. Rachilde llama con sus nudillos en las redacciones de los periódicos; sube, ilusionada, escaleras que conducen al despacho de los directores y las baja — desilusionada, un tanto vencida — con un «veremos», con un «no», con un «otro día» zumbándole en los oídos. La pobreza es atroz. Pero—eso sí—, Rachilde, señorial, fina, delicada, no se olvidará jamás de comprar en el «Bon Marché» una flor de «cinquante sous» para que acompañe a la soledad de su cuarto.

Una mañana, al fin, puede mirarse—único espejo de la escritora—en los escaparates de las librerías parisinas. A ellas asoma tímidamente un libro que lleva este título: «Monsieur de la Nouveauté». Y debajo, esta firma: «Rachilde». ¿La fortuna, el triunfo espe-

rado, acaso? No; los «milagros», los «éxitos fulminantes», la «popularidad inmediata». sólo tienen realización en los films cinematográfico. O en las novelas «lógicas». La vida es más ilógica, se comporta—generalmente — de otro modo. ¡A los dos años de haber aparecido «Monsieur de la Nouveauté», le ha producido a la Rachilde, en neto, 250 francos! ¡Ni para la diaria flor con que adorna su mesilla de noche!

La aparición de su segundo libro «Monsieur Venus»—editado en una casa belga—la saca al menos de su anonimato. El estilo de «Monsieur Venus» tiene la virtud de desencadenar las furias de la «crítica seria». La tesis desarrollada en él asusta a los timoratos. Ya no es el viejo abuelo de Périgord el que enarca las cejas y tuerce el gesto ante «los pasajes escabrosos», ante aquellas cosas que están bien para ser sentidas y aun experimentadas en la intimidad, pero no para ser dichas y proclamadas en público con increíble audacia.

Ahora son los policías del tribunal moralista imperante quienes enarbolan el lápiz de las excomuniones y la tachan de inmoral. Hay, incluso, un intento de proceso judicial contra la autora. ¿Con qué resultado? Con un resultado positivo: el nombre de la Rachilde se hace conocido y popular por doquier. Verlaine, Laurent-Tilhade, Jean Lorrain, Huysmans, Jean Moréas, Barbey d'Aurévilly, Barrés, Samain—todos los triunfadores—la rodean, se hacen sus amigos, reconocen en ella «a un autor».

Todo esto habría tenido escasa importancia. Si el destino no hubiera eslabonado en esta cadena de amistades preciosas el «gran juego» de la vida de Rachilde. Samain le presenta un día a un hombre: Alfred Vallette. Se enamoran. Poco después son marido y mujer.

Cuando se escriba la historia del «*Mercure de France*» — si acaso no está escrita ya —, se conocerá un detalle, acaso no muy divulgado hasta ahora: el «*Mercure de France*» fué creado por Alfred Vallette a instigación de su mujer, de Rachilde.

Cuando, balbuciente, en pobre formato, aparece el «*Mercure*» en un frígido crepúsculo de diciembre de 1889, nadie habría podido imaginar el glorioso destino que le aguardaba. Era—como se la llamó—una «revista de jóvenes», el clásico periodiquito literario destinado a morir entre estación y estación, entre un otoño y una primavera. Por toda ilustración gráfica lleva en su portada la imagen de alado dios y, por divisa, ésta: «*Vives acquivit eundo*».

A ella, a esta revistita, «maestra de generaciones», dedican Alfred Vallette y Rachilde sus esmerados cariños. El le sacrifica sus ambiciones literarias «después de haber publicado dos notables novelas: «*La Vierge*» y «*A l'écart*». Ella, sin sacrificarle por completo sus anhelos literarios, hace de gentil madrina de todos los neófitos de la literatura que acuden allí a ensayar sus vuelos ascensionales. Para todos tiene una palabra de aliento, un gesto maternal, una voz de aren-

ga. Un día es Francis Carco—que aun recuerda emocionado el recibimiento que le hizo la Rachilde—. Otro es Henri Bataille, Marcel Schowob, Mallarmé, Pierre Louys, Alfred Jarry, Henri de Régnier...

¿Se desea medir la influencia que tuvo en Europa el «*Mercure*», creado y dirigido por la Rachilde y su marido Alfred Vallette? Bastaría este detalle: A través de él se conoció en Francia—en el mundo—a Ibsen y a Strindberg, a Hauptman, a Stirner, a Nietzsche, a Kipling, a Wells, a Arthur Rimbaud, a Rémy de Gourmont, a Verhaeren, a Francis James... ¿A qué seguir? El «*Mercure de France*» es aquel que publica el primer cuento de Claude Farrere y la primera novela de Francis Carco; las primeras noticias sobre M. de la Vérande y los primeros versos o las primeras prosas de cuantos después llegarían a la más envidiable celebridad. Escribir la historia del «*Mercure de France*» sería escribir la historia de la literatura francesa contemporánea. ¡Estando aún en vida—y esto es lo emocionante—sus dos octogenarios creadores: la Rachilde, su marido Alfred Vallette!

Pero mientras la «*criatura*» crece, mientras aquella «*revista de jóvenes*» traspasa fronteras y deja atrás las estaciones sin morir en ningún otoño — como lo había pronosticado la crítica seria y apolillada—. Rachilde sigue dando libros a la estampa. Libros cuya noticia no cabría en estas líneas — que apenas pretenden ser un esbozo de su personalidad humana—: «*Le Me-*

neur de Louves», «La Tour d'Amour», «Les Rageaux», «La Jongleuse», «A mort», «Le Dessous»...

[Catarata ininterrumpida de obras literarias que se despeña con gran estruendo por entre los pozos dormidos de la novelesca timorata; obras donde rebrama la rebeldía, donde mugen — verídicas, leales— las pasiones; donde se desnudan, impúdicas, virilmente, las almas; libros que quedan «más allá del bien y del mal», porque la vida no entiende de fronteras moralista determinadas por el hombre! A los cuarenta, los cincuenta, a los sesenta años, Rachilde es — continúa siendo — aquella misma Margarita Anárquica y con carácter de tenso acero, que se alza contra la mojigatería provinciana de Périgord: la que no oculta, la que no desfigura, la que no acogota a «los malos pensamientos» porque — notable anticipación de las teorías freudianas —, ella «ha visto con claridad» que el fondo de las almas es obscuro, feo, hórrido si se le quiere mirar de verdad y frente a frente, como a los ojos de una esfinge. Ella sabe — y lo demuestra en «Le Dessous», en tantas otras — que la flor, que la «cándida azucena», lleva hundidas sus raíces en el fango, en el detritus, en aquello que llega hasta la granja de Fléchere a través de las tuberías que arrancan de París... Sabe más: sabe que, sólo mirando hacia ese fondo, sólo conociendo — y no avergonzándose — de «lo que está debajo», es posible apreciar la espléndida significación de las flores y hasta el humano destino.

¡Rachilde! ¡Ochenta fértiles años seguidos en línea

recta hacia la meta intuída un día desde la lejana provincia de Francia!... Francia no tiene ahora espacio—ni sector—en su corazón para honrar la gloriosa ancianidad de esta mujer. Tampoco el mundo que asiste a la Tragedia presente de Europa.

Pero, al menos, nosotros, que pertenecemos un poco a ese otro mundo del Arte y de las faenas intelectuales y que, por un capricho de la fortuna, nos hallamos geográficamente lejos del cataclismo, dediquemos a esa mujer admirable, el recuerdo de unos minutos de emocionada evocación.